

Las Deficiencias Culturales del Capitalismo*

Michael Novak**

***Investigador en Religión y Políticas Públicas del American Enterprise Institute. Profesor de Religión en la Universidad de Syracuse. Ha enseñado en las Universidades de Harvard, Standford y The State University of New York en Old Westby.*

*Originalmente este trabajo apareció bajo el título "Changing the Paradigms: The Cultural Deficiencies of Capitalism", en el volumen *Democracy and Mediating Structures*, editado por Michael Novak, y publicado por el American Enterprise Institute, quien autorizó su edición.

Las deficiencias culturales del capitalismo

Michael Novak

Introducción

La tarea que se me asignó es la de resumir los argumentos de los últimos cinco días; juntar los hilos de muchos argumentos aislados.¹ En cierto sentido, mi doble designación a esta reunión, una del Departamento de Religión de la Universidad de Syracuse y la otra por parte del American Enterprise Institute, me han dado la pista que quiero seguir: la religión y las políticas públicas deben estar juntas. Históricamente, sin embargo, se las ha tratado en forma relativamente aislada. Nuestro objetivo esta semana ha sido tratar de cambiar los paradigmas en que han sido convencionalmente discutidos varios de los temas claves, ya sea por los estudiantes de la religión o por profesionales de la política pública.

La teología de la cultura ha sido siempre débil respecto de la economía. Los teólogos han logrado poner al día, en los últimos cuatrocientos años, muchas de sus ideas respecto del significado del cristianismo, en la liturgia, la hermenéutica, los estudios históricos, la ética sexual, la ética médica y muchas otras áreas. Sin embargo, el nivel de la discusión respecto a la economía difícilmente ha avanzado más allá de los principios del siglo XVII. Su ética de la distribución es la de Aristóteles; su teoría del salario justo, sus actitudes frente al capital y al interés y su forma de mirar la producción, la invención y la empresa, en realidad forman parte

¹Una de las restricciones a esta tarea fue el haber estado obligado a improvisar a partir de notas. Por lo tanto, este texto corresponde más a una transcripción editada que a un ensayo.

más bien del mundo antiguo y medieval que de la economía contemporánea.

Igualmente, la religión es la parte menos desarrollada de la política pública. Existen pocas áreas donde las personas comprometidas en política pública sean tan ingenuas como en el campo de la religión (en algunos casos no lo han considerado lo suficientemente importante como para volverse sofisticados). Los periodistas de Washington tuvieron que correr cuando se hizo evidente que Jimmy Carter estaba atrayendo a una población evangélica que difícilmente ellos sabían que existía. Personas que habían estudiado en Harvard, Chicago y otros centros, y que estaban escribiendo para diarios y revistas, de pronto tuvieron que buscar artículos en las enciclopedias acerca de los evangélicos. Algunos de ellos jamás se habían preguntado lo que significa ser un Bautista o lo que significa "renacer". No sabían que los evangélicos son la mayoría, la corriente principal, en la religión norteamericana, donde lo que se denomina el Protestantismo Tradicional es un tributario influyente, pero pequeño.

Hay razones históricas al por qué la política pública ha sido negligente respecto de la religión. En la Ilustración Continental esta negligencia fue deliberada. La reconstrucción de la sociedad fue definida de tal manera de eliminar la religión (*"Ecrasez l'infamie"*). Por el contrario, en la Ilustración anglo-escocesa, la tendencia fue hacia considerar la religión como algo importante para la salud de la república. Aún así, Adam Smith y otros analizaron la economía haciendo abstracción de la religión, y describieron a un hombre únicamente económico, como si la religión y la cultura fueran públicamente irrelevantes. La mayor parte del pensamiento económico se desarrolla aún en esa tradición, y lo mismo sucede con la política pública. La religión (y la ética y la cultura) es relegada a la esfera privada.

Una razón de esta privatización es producto de las guerras religiosas. La gente quería evitar más divisionismos, para concentrarse en la actividad secular de producir, según las palabras de Adam Smith, "la riqueza de las naciones".

Una segunda razón fue que, hasta hace muy poco, nuestra cultura aún navegaba en la marea alta de la fe en el progreso, la ciencia y la técnica. En estas materias, el número de los que dudan y los escépticos está creciendo. El viejo paradigma de la irrelevancia de la religión, y de los valores y consideraciones morales, ha empezado a parecer inadecuado. El ateísmo ilustrado del siglo XIX y principios del XX está empezando a parecer anticuado.

Una tercera causa de esta tradición, es que por algún tiempo

hubo en este país la muy extendida convicción de que la religión, al igual que el racismo, era un residuo que desaparecería en el hervor inexorable del crisol de las razas. Con el paso de los años, algunos estudiosos pensaban, cada vez se diría menos acerca de la religión. Esta idea ha sido fuertemente sacudida por la erupción de base religiosa en Irán y la obvia vitalidad que mostraron México y Polonia durante las visitas del Papa Juan Pablo II. Un funcionario de la embajada le contó a un amigo mío hace poco que, en la India, la visita del Papa a Polonia fue considerada por algunos como el acontecimiento individual más decisivo de la década, el comienzo del final de la suposición que no hay energía espiritual en los pueblos del mundo. La religión es un hecho, con un potencial que va más allá de la imaginación. Los hindúes quedaron impresionados, en particular, por una vulnerabilidad dentro del comunismo que no habían esperado. Aún después de 30 años de ateísmo sistemático, el Papa demostró que la religión tiene fuerza.

En el año que he estado en el American Enterprise Institute, la religión ha surgido en muchas discusiones. Yo no soy el que la introduce. Es difícil encontrar un lugar en el mundo en que la vitalidad religiosa no sea un factor importante.

Si la permanencia y la fuerza de la religión aparecen ahora como una base sólida de la realidad respecto de la cual los planificadores de la política pública deben desarrollar una nueva sofisticación, por otro lado, también, los líderes religiosos del Vaticano y del Consejo Mundial de Iglesias han prestado cada vez más atención a la economía y la política pública. La proporción de párrafos dedicados a la economía en las encíclicas papales se está expandiendo. La teoría económica papal, me apresuro a decirlo, está desprovista de una buena parte de la experiencia contemporánea; parece ignorar la experiencia de Gran Bretaña y de Norteamérica como algo muy ajeno. Si uno lee las encíclicas papales desde la perspectiva de la descripción del mundo que mejor conocemos, parece un poco como estar leyendo afirmaciones sobre la libertad religiosa en documentos del Vaticano antes que el Concilio Vaticano II (1961-1965) incorporara la experiencia norteamericana en la tradición católica. Tampoco los documentos del Consejo Mundial de Iglesias, desde la Segunda Guerra Mundial a esta parte, muestran mucha sofisticación económica. Sin embargo, el peso de los análisis religiosos, especialmente en el campo de la ética social, se está moviendo cada vez más hacia la esfera económica.

Nuestra colaboración aquí, al intentar crear un lenguaje para discutir teología y política pública, con un centro en los sistemas económicos, tiene una importancia manifiesta. Enfrentamos un

territorio donde, por ambos lados, hay un lenguaje inadecuado. Nuestra tarea en esta conferencia consiste, por lo tanto, en cambiar los paradigmas dentro de los cuales se conduce la discusión. Lo que debemos intentar hacer es cambiar la forma como se mira la política pública, alterar el punto de vista desde el cual es enfocada. Esta es una tarea más básica que aquella de discutir quién tiene o no la razón dentro de esas perspectivas. Hemos estado tratando de provocar un cambio hacia nuevos paradigmas que incluirían puntos de vista liberales, conservadores y otros, y que irán más allá de la abstracción del hombre económico o del hombre político. Los nuevos paradigmas deben tomar en cuenta las dimensiones de significado, trascendencia y consideración moral. Estas preocupaciones no son simplemente privadas. Son sociales, comunales, públicas. La planificación de la política pública debe tomar nota de ellas. Y los teólogos deben llegar a entender la economía contemporánea.

Quiero hacer un recuento de algunos cambios en los paradigmas que hemos estado buscando durante estos últimos días.

Primer paradigma: desde la economía al análisis cultural

El primer cambio consiste en pasar desde una visión de la teoría económica, el problema del capitalismo y socialismo, principalmente como un asunto de la economía, hacia una visión de ella principalmente como una cuestión de cultura. Estoy sugiriendo que, contrariamente a la visión marxista, la esfera de las ideas, el sector cultural, tiene una importancia extraordinaria para el capitalismo democrático. Estoy recurriendo aquí al trabajo de Daniel Bell *The Cultural Contradictions of Capitalism*.²

Bell destaca y presenta un punto importante, que es el de la asimetría entre el socialismo y el capitalismo. El socialismo es unitario: intenta, al menos en la versión marxista, combinaren una sola visión el orden económico, político y moral. Su esperanza es que la visión moral socialista, inicialmente a través de la instrumentalidad del estado y eventualmente del proletariado, podrá gobernar la esfera económica. El capitalismo, por el contrario, está diferenciado en tres sistemas: un sistema político, un sistema económico y un sistema cultural, cada uno de los cuales tiene una cierta nitidez y autonomía. La originalidad de Bell se comprueba más claramente en la atención que presta al sector cultural. El

²New York: Basic Books, 1976.

sector cultural consiste del conjunto de ideas, valores, símbolos, rituales y prácticas, cuyos cambios, necesariamente, precipitan cambios en el orden político y económico.

Considérese, como un ejemplo de la forma en que funciona el sistema cultural, los cambios en la actitud pública hacia el trabajo. El senador Henry M. Jackson en su campaña presidencial de 1976 dijo que él propiciaba empleos, empleos y más empleos. A la mayoría de su público le dio un susto mortal. Resultó que millones de ciudadanos no estaban tan alterados respecto del desempleo como estaban los expertos. Muchos ciudadanos estaban muy bien trabajando parte del año y cobrando subsidios de cesantía durante 23 semanas la otra parte del año. En algunos casos, los mandos se habían alternado con sus mujeres para trabajar y cobrar cesantía. Un cambio en la ética laboral impone exigencias sin precedentes sobre el sistema político y económico.

Es en el sector cultural, dice Bell, donde el capitalismo es más débil. Al igual que Joseph A. Schumpeter en *Capitalism, Socialism, and Democracy*,³ sugiere que el capitalismo, probablemente, va a ser derrotado por su deficiencia cultural. Schumpeter argumentaba, primero, que la debilidad del capitalismo se gestaría en la presencia de una "clase de intelectuales" "que incluiría algunas de las personas más brillantes, cuyo status y recompensas económicas no se compadecían con sus talentos. Tales personas no serían menos brillantes que sus hermanos y hermanas, que podrían ser ejecutivos de empresa, o médicos o abogados, pero se les pagaría muchísimo menos; como resultado, se volverían resentidos. Schumpeter estimaba, en segundo lugar, que la carencia intencional de ideas, el pragmatismo, entre los ejecutivos de empresa, los impulsaría a vender a los comunistas la cuerda con que serían colgados. Tom Kahn demostró cómo esto está sucediendo en la actualidad en la transferencia de tecnología a la Unión Soviética. Esta falta de ideas entre los hombres pragmáticos, hombres que no se interesan por la metafísica, visiones mundiales, o la ideología, hombres que "hacen las cosas", se ha combinado ahora con la evidencia creciente de una clase de intelectuales hostil y resentida; juntos, estos dos factores provocarán, eventualmente, el desaparecimiento del capitalismo. En la esfera económica y política, el capitalismo democrático es infinitamente superior a sus rivales; su defecto mortal está en el sector cultural.

Bell añade otro punto a esto: que, dado el surgimiento de esta

³Tercera ed. (New York: Harper & Row, 1950).

nueva clase de intelectuales y la aparición del poder de la propaganda, un efecto distributivo enorme, pero imposible de predecir, ha transformado a Norteamérica en una sociedad de consumo. Todos previeron que el capitalismo sería una gran herramienta para producir riqueza, pero nadie se dio cuenta que sería el mecanismo distributivo más efectivo que el mundo haya conocido.

Como resultado, el gran problema de los Partidos Comunistas de todo el mundo ha llegado a ser el aferrarse a un proletariado, porque cuando el capitalismo toma efecto, el proletariado comienza a desaparecer. Cuando estuve en Italia la primavera pasada, me encontré con que este punto era el centro de la discusión tanto entre los intelectuales comunistas como demócratacristianos: ¿cuál es el significado del comunismo cuando la clase trabajadora ya no forma un proletariado, sino que se ha convertido en una clase media, y la energía comunista comienza a trasladarse, como ha sucedido en Italia, hacia los estudiantes y otros de la nueva clase en la sociedad?

El argumento de Bell es que cuando surge esta nueva clase, por el éxito distributivo impredecible del capitalismo, ésta trae consigo, en las esferas de la publicidad y el consumo, un nuevo hedonismo. Esta actitud hedonista socava las cualidades espirituales de las que depende la vitalidad del capitalismo democrático, tanto en los sectores político como económico. Cuando las personas son asediadas día y noche por imágenes de escapismo, de cumplir sus deseos *ahora*, de automóviles simbolizados por bellas mujeres y así sucesivamente, se socava la disciplina, la restricción, el ahorro, el trabajo duro y la frugalidad de la ética burguesa. Sin darse cuenta, las empresas, a través de sus departamentos de publicidad, están destruyendo la misma base espiritual de la que depende su éxito. No pueden lograr un buen trabajo de sus empleados si a los empleados no les importa. Y si los trabajadores permanentemente están oyendo "se merecen un descanso hoy día", ¿por qué tendrían que romperse el cuello? A través de todo el sistema, los trabajadores, los ejecutivos y demás personas empiezan a decir: "¿Por qué diablos?"

Ahora bien; Bell sugiere, de una manera interesante, que este colapso en el sector cultural del capitalismo lo precipitan, en parte, las propias empresas. Esta es la ironía schumpeteriana. Los agentes más fuertes del capitalismo democrático ayudan a asegurar su derrota.

Segundo paradigma: un cambio en escala

Esto me trae a un segundo paradigma de gran importancia

para nosotros. El intelectual, a quien se miraba tradicionalmente como un fermento profético en la masa, que levantaba la conciencia de la sociedad igual como la levadura levanta el pan, ha encontrado su función alterada por varios factores importantes que pueden resumirse, simplemente, como un cambio de escala. El poder del sector cultural se ha expandido con las nuevas tecnologías de los medios de comunicación: Henry Luce encargó a sus inventores que desarrollaran un tipo de papel que pudiera reproducir fotografías con una fidelidad jamás antes alcanzada, en una tinta que se secaría instantáneamente, y en una gran imprenta que pudiera terminar una revista durante la noche, de manera que ésta pudiera imprimirse y distribuirse por correo a toda la nación en dos días. De pronto, tuvimos un medio de comunicación nacional que no habíamos tenido antes, uno que estaba influenciando todo el periodismo del país. El mismo tipo de cambio se produjo con la llegada de la televisión. Y luego están los diarios nacionales. El *New York Times* y el *Washington Post* no son leídos solamente en New York y Washington; no sólo sus columnistas, sino también sus reportajes son reimpresos en diarios a través de todo el país.

Esta industria, que es lo que es, una industria, produce no la verdad, sino la noticia. Hay una diferencia algo sustancial. No es que los medios de comunicación estén produciendo falsedades, pero, como lo confiesan sus profesionales, no hay tiempo para juzgar. El criterio es la novedad. La industria se ve afectada por lo que la gente leerá como estímulo, y por lo que los haga volver día tras día. Así, con frecuencia, cosas importantes quedan sin discutirse hasta mucho después. Para entonces, irónicamente, pueden ser mejores noticias, porque aparecen como crisis. Hay una demanda insaciable por nuevas ideas, nuevas emociones, nuevos ataques a las instituciones, nuevos ataques a los viejos valores, cualquier cosa que haga subir un poco la temperatura de la sangre.

A esto se debe, creo, que David Halberstam pueda llamar a su nuevo libro *The Powers That Be*.⁴ ¿Quiénes son los poderes que son?* A menudo se decía que los medios de comunicación estaban subordinados a los avisadores, que los "avisadores ocultos" eran los "poderes que son". David Halberstam es lo suficientemente arrogante para sugerir no sólo que un reportero nacional puede tener influencia sobre veinte senadores, sino también que los "poderes que son", quienes pueden hacer o deshacer empre-

⁴New York: Alfred A. Knopf, 1979.

*"Who are the powers that be?", en el original. N. del T.

sas, carreras políticas, a cualquiera o cualquier cosa, son el pequeño puñado de organizaciones informativas nacionales. Y dentro de ellas, los actores más poderosos no son los dueños, sino los reporteros. Esto implica un cambio de paradigma realmente importante en el poder del sector de las ideas, el poder de aquellos que subliman la realidad estableciendo las estructuras de plausibilidad dentro de las cuales debemos pensar.

Nótese que, en televisión, se hacen muchas más referencias a otros programas de televisión que a cualquier otro medio de comunicación. ¿Por qué? Ya que debemos suponer que el público de televisión es más numeroso que el de cualquier otro medio de comunicación. En cierto sentido, la televisión puede tener hoy día un mayor alcance, y una autoridad más profunda, que cualquier otra institución. Si es así, entonces la "realidad" de la televisión puede ser más grande que cualquier otra percepción de la realidad disponible en nuestra sociedad. En este proceso, el significado y el rol no sólo de la prensa, sino de toda la clase intelectual de quien la prensa depende, han cambiado.

La verdad es que los periodistas son, necesariamente, las criaturas más impacientes del mundo. Un reportero escribe diariamente sobre temas en los cuales él o ella no puede de ninguna manera ser un experto. Un reportero puede escribir sobre SALT, Zimbabwe/Rhodesia, la familia y cientos de otros temas. En este papel está permanentemente asustado de cometer un error increíble que destruirá su reputación. ¿Cómo se protege de esto? Cada periodista tiene fuentes a las cuales él o ella puede acudir y leer un párrafo o tomar una cita. La osmosis entre el sector de las ideas, no sólo en las universidades, sino también en los centros de investigación y otros, y el periodista profesional, es extremadamente directa. No hay un grupo que los periodistas estimen más, o del cual dependan más, que los expertos intelectuales. Alguien como Tom Wicker, invitado a hablar a la General Motors, puede ser un poco arrogante; invitado a hablar en Harvard o Michigan, podrá, plausiblemente, sentirse honrado. David Halberstam es bastante explícito sobre el nuevo cambio en status, el nuevo aprecio que los intelectuales tienen por los periodistas y viceversa.

Dado este cambio de paradigma, el liberalismo religioso ha florecido nuevamente, estimulado por el impulso moral del movimiento para los derechos civiles y el movimiento en contra de la guerra. En cierta manera, estamos donde mismo estábamos antes que Reinhold Niebuhr hubiera escrito nada. Desde mi propio punto de vista, me gustaría seguir con la crítica de Niebuhr a tal

liberalismo. Si estoy en lo cierto, el realismo bíblico debe llegar a ser especialmente crítico del poder de la clase educada, algo de lo que nunca tuvo antes que preocuparse mucho, porque la sabiduría ilustrada convencional es más poderosa de lo que nunca antes fue. Actualmente tenemos instrumentos que nos dicen incesantemente lo que una persona bien informada debe pensar, lo que debe decir y lo que debe evitar decir. Yo llamo a esto "higiene verbal". Ayer, Brigitte Berger mencionó la palabra "negro", porque éste era el término común en la época de su referencia, y yo quedé impactado. Uno no dice "negro" actualmente. Y si uno dice "él" sin decir "ella", puede sentir la censura del auditorio. La higiene verbal es el nuevo sistema de censura, una censura muy efectiva.

El poder del sector de las ideas es cada vez más fuerte. A los ejecutivos de empresa de todo el país se les hace sentir culpables frente a sus hijos, porque ha tomado fuerza la idea de que hay algo vagamente maligno en el sistema. El poder de hacer que la gente se sienta culpable, al menos por cosas de las que ellos no creen que debieran sentirse culpables, es un poder muy importante. Es un poder que rebaja a la gente frente a sus propios ojos. Así, actualmente, se espera que el ejecutivo de empresa sea humilde y se sienta nervioso al hablar frente a nosotros y que nos tenga consideración, porque nosotros representamos al sector de las ideas, los guardianes de los ideales del sistema. En nuestra sociedad, por lo tanto, el poder ha cambiado de manos. Como intelectual, como periodista, uno puede entrar a un sitio lleno de ejecutivos de empresa y no ser deferente con ellos; más bien ellos serán los respetuosos.

Como ya dije antes, también existe un fuerte consenso, originado o al menos ayudado por los medios de comunicación, que nos dice lo que una persona bien informada, sofisticada, ilustrada, debe pensar. Debemos ser escépticos con respecto a esta nueva forma de presión. Porque sus criterios de sofisticación e ilustración cambian cada cuatro o cinco años, ya que la necesidad interna de la industria de las noticias es moverse periódicamente hacia algo nuevo. Cualquier cosa a la que se aferré por mucho tiempo debe ser mirada como añeja. La atención se dirige menos a la realidad y a la verdad que a lo que es nuevo. Por ejemplo, el movimiento radical de hace 10 años era noticia, pero también lo es el ataque que se le hizo años más tarde. En la expresión "estar ahí",* el "ahí" se refiere a la próxima cumbre de la noticia.

*"Being with it", en el original. N. del T.

El profesor Adams habló sobre la separación de poderes. Si vamos a hablar del realismo bíblico, el papel de la conciencia y la búsqueda de la verdad, tenemos, creo, la obligación de pensar mucho más claramente que antes sobre el nuevo poder en nuestra sociedad, en cierta medida más fuerte que cualquier cosa del orden económico o del orden político: el poder del sector de las ideas. Debemos ser más críticos, no sólo respecto de las afirmaciones del sector de las ideas, sino también respecto de los supuestos, las pasiones y las estructuras de plausibilidad que incorporan en cualquier momento. Ellos proporcionan el océano donde, actualmente, deben nadar nuestras propias capacidades de pensar.

Tercer paradigma: una nueva actitud hacia la moral burguesa

El tercer paradigma al que deseo referirme es el cambio en nuestra actitud hacia la ética burguesa. Cada vez que surge una nueva clase, emergen con ella una nueva política, una nueva ética, una nueva moralidad, una nueva cultura. Alrededor de 1780, cuando los hombres de negocios se transformaron en la clase más significativa del mundo occidental, la política cambió; desaparecieron las pelucas y los encajes y apareció una nueva moralidad. Esta moralidad burguesa era bastante diferente de la moral cristiana o judía tradicionales, y fue combatida por muchos clérigos, como hace notar Max Weber, así como por estoicos tradicionales y filósofos humanistas. El antiguo concepto había consistido en que el imperativo moral era suficiente. De pronto, Adam Smith y la burguesía estaban diciendo: "No, no es sólo moral, es obligatorio ir más allá de lo que es suficiente y producir mayor riqueza". La exigencia ética ya no era la suficiencia, sino la productividad. La ética burguesa fue combatida por toda la ética tradicional, religiosa y humanística. Durante casi dos siglos, los artistas y los moralistas, los líderes militares y los sacerdotes, todos aquellos cuya autoridad descansa en concepciones preburguesas de lo heroico, han rivalizado entre ellos para reprimir la ética burguesa.

Actualmente, también, la nueva clase se mofa de la "sociedad de consumo" y sus virtudes "cuadradas" (léase "burguesas"). La nueva clase favorece a las personas de mundo. Recientemente sin embargo, la celebrada "nueva moral" de la nueva clase se ha empapado de escepticismos. La nueva clase no está acostumbrada a una oposición intelectual rigurosa. Mirada una vez como mera levadura en la masa, hoy día la clase intelectual es el poder dominante, el verdadero definidor de la realidad. Una cosa era burlarse del trabajo, el ahorro, el interés propio racional, la regula-

ridad, la fidelidad y la respetabilidad cuando el estilo público era rígido y había relativamente pocos críticos para hacer el trabajo. Otra cosa es hacerlo cuando el ambiente está lleno de: "¡Te mereces un descanso hoy!" (*¿Quién merece un descanso hoy?* El mundo no le debe a nadie la subsistencia. De hecho, muchos seres humanos *no* tienen descanso.) Una cosa era atacar a los puritanos cuando los puritanos gobernaban la siquis. Otra es hacerlo cuando estamos continuamente asediados por imágenes de escapismo, lujuria y avidez. Es demasiado cuando, encima de esto, los intelectuales atacan las virtudes "burguesas" de la fidelidad, el trabajo duro, la lealtad.

Es difícil encontrar un solo ensayo de un intelectual serio que defienda la importancia y la posición central de la fidelidad en el matrimonio, un concepto simple cuya fuerza se experimenta fácilmente en la vida diaria. La destructividad de la infidelidad es obvia. Sin embargo, la clase de los intelectuales, evadiendo la moral burguesa (o cristiana o judía), está poco dispuesta a defender la fidelidad y a describir la decadencia de la infidelidad. El patriotismo, la obediencia y otros valores importantes son igualmente descuidados. La tradición antiburguesa ha ganado. Algo imprevisto sucedió cuando la "cultura enemiga", como la llamó Lionel Trilling, salió victoriosa. Muchos que antes habían abogado por la cultura adversaria, como el propio Lionel Trilling, terminaron por decir al final: "Esto no es en absoluto lo que queríamos decir. Esto no es lo que intentábamos".

El ataque a la ética burguesa no provino solamente de la clase trabajadora. Aunque en la primera página de la autobiografía de Trotsky se lee: "una infancia feliz es una ilusión burguesa", el ataque a la burguesía sólo aparentemente es un ataque desde abajo. En realidad, es la clase alta, más que la baja, la que tanto odia a la burguesía. La mayoría de los pobres estarían felices de convertirse en clase media. La mayoría está más cerca de la moral burguesa que de la moral de la clase alta o de la moral de la nueva clase.

Phil Wogaman nos pidió en su conferencia que miráramos al mundo desde el punto de vista de la gente pobre negra antes que desde nuestros sesgos de clase media. Pero Wogaman no es ni negro ni pobre, como tampoco lo somos nosotros. Igual que nosotros, él es un miembro de la nueva (antiburguesa) clase. Lo que en realidad habría sido intelectualmente asombroso es que Wogaman nos hubiese pedido que miráramos el mundo desde una perspectiva burguesa. El ataque a las virtudes burguesas, que generalmente estaba motivado por resentimientos de la clase

aristocrática, está ahora conducido por la nueva clase (intelectual-periodística). No es frecuente que lo dirija la clase trabajadora.

El ataque a las virtudes burguesas puede también estar motivado, en parte, por factores étnicos. Cuando, después de 1870, los empobrecidos inmigrantes de la Europa Oriental, judíos y católicos, inundaron los Estados Unidos, vieron delante de sus ojos una especie de imagen marxista. La "propiedad de los medios de producción" no sólo estaba en manos de una clase social diferente, sino también en las manos de un grupo étnico diferente. Los factores étnicos y clase eran una sola cosa. Las "masas apiñadas", de las que se habla en la inscripción de la Estatua de la Libertad, tenían dos obstáculos en contra: los factores étnicos y clase. De éstos, los factores étnicos pueden haber sido el más profundo y fuerte, porque la riqueza y la educación fueron, en un comienzo, más fáciles de conseguir que la aceptación. Los temas de carácter étnico y clase son vividos en las novelas policiales de Raymond Chandler, Dashiell Hammett y John D. MacDonald, en una generación posterior.

Muchas críticas al capitalismo y a la moral burguesa han sido estéticas. Uno de los argumentos más reveladores en contra del capitalismo desarrollados por el Profesor Leckachman, por ejemplo, estaba relacionado con su fealdad. Al elevar a la clase trabajadora, el capitalismo ha ofendido los gustos aristocráticos. Su fealdad puede pesar en su contra estéticamente; en términos de democracia e igualitarismo, ¿son los gustos aristocráticos pertinentes?

Muchos de los argumentos más decisivos en contra del capitalismo en la historia norteamericana, antes de la llegada de los inmigrantes desde Europa Oriental, tienen raíces agrarias. El historiador Charles Beard no fue ni el primero ni el último en atacar al capitalismo industrial desde el punto de vista de la estética y los valores agrarios. Pero, ¿los millones de refugiados de la miseria y la estrechez agraria juzgan su experiencia urbana como un avance o como un retroceso respecto de lo que habían experimentado antes?

El sentimiento antiburgués tiene también raíces en el modernismo, en ideas acerca de la autenticidad y la alienación. Estos dos últimos términos se han transformado en piedras angulares de la crítica a la moral burguesa. ¿Qué es, por ejemplo, una "auténtica" acción cristiana? La palabra, por lo general, significa "antiburguesa".

Finalmente, hay una dimensión política: las percepciones antiburguesas sirven un propósito socialista. El sector cultural

tiene una influencia política fundamental. Así, muchas personas que no son socialistas usan constantemente una retórica antiburguesa e incluso francamente socialista. En sí mismo, esto constituye una victoria política para el socialismo, desde el momento que el poder para definir materias es la mitad de la batalla. En casi todo el mundo, las materias han sido definidas de tal forma que las buenas asociaciones se refieren a todo lo socialista y las malas asociaciones se refieren a todo lo capitalista. Si usted dice la palabra "rojo" en América Latina, una parte del mundo bastante católica, la mayoría de las personas no pensará primero en Pentecostés y el Espíritu Santo. Con todo, un nuevo paradigma ha aparecido. Este es el otro lado de la batalla por los símbolos. Muchas personas en la cultura adversaria están comenzando a cuestionarse su educación y sus principios antiburgueses. Tales personas son llamadas, impropriamente, "neoconservadores". Hasta donde yo sé, sólo hay un puñado de neoconservadores en Norteamérica. La mayoría de ellos pertenece al Partido Social Demócrata; Robert Nisbet y Edward Banfield han sido siempre conservadores, Irving Kristol se ha convertido en un republicano; todos los demás son socialdemócratas o intelectuales laboristas.

Uno de los puntos claves en la "conversión" de los neoconservadores es su reevaluación relativamente repentina de la moral burguesa. Están comenzando a darse cuenta que ninguna de las instituciones que ellos consideran valiosas puede sobrevivir sin el ejercicio de ciertas virtudes por parte de los individuos en cada porción de la sociedad. Una república, como decía Jefferson, depende de las virtudes de sus ciudadanos. Si, por ejemplo, hubiera habido menos honestidad en la época de Watergate, si hubiera habido corrupción en unos pocos lugares más, el Presidente Nixon no habría sido rechazado. A menos que ciertas actitudes sean sostenidas por la ciudadanía, no hay manera que los administradores de una fábrica de confecciones insistan que cada abrigo que se hace en la planta sea confeccionado de tal manera que no se desarme a la primera postura. Los administradores no pueden estar detrás de cada trabajador. No hay forma de lograr excelencia en la mano de obra a menos que los trabajadores crean en la excelencia. Una de mis grandes decepciones como profesor ha sido el haber pasado horas corrigiendo trabajos finales, sólo para descubrir que más de la mitad de los alumnos ni siquiera vienen a buscarlos. Si a ellos no les importa, ¿para qué todo? Una democracia depende de la preocupación, excelencia y responsabilidad. De igual manera, sin ciertas virtudes, el matrimonio es intolerable. Ninguna institución puede funcionar sin un alto nivel

de virtud individual. Los "sistemas" no crean el contexto moral para la virtud; la virtud crea el contexto moral para los sistemas.

Las virtudes comunes están siendo minadas en Norteamérica, tanto por la publicidad de las empresas como por la clase de los intelectuales. Esta destrucción lleva a nuestra sociedad más cerca de la desintegración. La conversión ciudadana es imposible sin virtud, restricción, amor por la verdad, respeto por la evidencia y conciencia. Las virtudes simples son el supuesto básico del capitalismo democrático. Sin embargo, tales virtudes simples no son actualmente muy defendidas en nuestra sociedad. De hecho, incluso las iglesias predicán con frecuencia la adaptación a un conjunto de valores que está "al día"; actualmente, la sensibilidad, agresividad, conocimiento terapéutico. Las consecuencias de esos nuevos valores serán medidas algún día en la realidad. Los cambios en la moralidad tienen un efecto profundo sobre las instituciones. Algún día pagaremos el precio de los cambios actuales.

Mientras tanto, por primera vez en su vida muchas personas han comenzado a mirar críticamente la retórica antiburguesa que fue su herencia intelectual. En mi propia educación, un libro que me abrió los ojos fue *The Woman Who Was Poor*⁵ de Leon Bloy, novela que atacaba al catolicismo burgués en Francia. La primera línea decía: "¡Este lugar apesta a Dios!". Seguía con un ataque a la piedad manifestada en estampas y a la asistencia a misa de la respetable burguesía francesa. Exaltaba al "peregrino de lo absoluto", el tipo de figura, barbuda y calzada con sandalias, maloliente y ofensiva a las ideas burguesas, que imaginaba como auténticamente religiosa. Ahora pienso que todo eso es demasiado simple. Actualmente, las personas educadas no se escandalizan del beatnik o del hippie; la figura difícil de tragar es el honesto, trabajador, humilde y piadoso hombre "cuadrado". Y, sin embargo, la democracia depende de este último.

Lo mismo sucede con Solzhenitsyn. Estoy completamente de acuerdo con su profecía; con respecto a sus prescripciones para una sociedad virtuosa, me repele el tipo de autocracia religiosa que su régimen de virtud podría exigir. La virtud exigida para una sociedad democrática y republicana, es bastante diferente. Se ha alabado muy poco el genio de la moral burguesa.

⁵Traducido por I.J. Collins (Londres: Sheed, 1937).

Cuarto paradigma: el ángulo moral del socialismo

Un cuarto paradigma que está sufriendo cambios es la tendencia moral en favor del socialismo. Mientras mis escritos se inclinaron hacia el socialismo, me gané la estima de un importante sector de mis colegas que, sin duda, hoy día ya no gano. En la balanza moral entre los intelectuales, el socialismo tiene mayor categoría que el capitalismo. V.A. Demant cuenta en sus conferencias sobre capitalismo y socialismo,⁶ siguiendo el libro de Weber *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*,⁷ que una consigna popular del siglo XIX era: "El cristianismo es la religión de la cual el socialismo es la práctica". Imagínense a alguien diciendo: "El cristianismo es la religión de la cual el capitalismo es la práctica". Tan grande es el prejuicio que uno no puede evitar sentirse impactado e incómodo por esta última afirmación.

El capitalismo es deficiente en el sector cultural, en cuanto se ha retratado a sí mismo como una técnica económica, una abstracción, de la realidad. Durante demasiado tiempo ha dejado la religión, la moralidad y la visión a los arzobispos, los filósofos y los poetas. Adam Smith escribió primero su tratado sobre la moral, luego un tratado de economía, y tenía intenciones de seguir con un tratado sobre política. Tenía una visión más completa de la que generalmente nos acordamos. Sin embargo, él trató al hombre económico con abstracción de la política y la moral. El capitalismo, normalmente, no se ve a sí mismo presentado una visión moral; prefiere pensar de sí mismo como neutral. Construye mejores trampas; permite que los demás se preocupen de las cuestiones morales. Esta es, sistemáticamente, una posición muy débil. El capitalismo puede funcionar moralmente sólo mientras tenga un capital moral implícito del cual puede extraer, hasta donde puede suponer que las personas las practicarán, administración, honestidad, fidelidad y restricciones similares a su conducta. Su sistema cultural es tan importante como su sistema económico. Sin embargo, los economistas que escriben sobre el capitalismo tienden a dejar la política en manos de los científicos políticos. Milton Friedman, por ejemplo, no muestra tanta sofisticación respecto a las sutilezas de la democracia como respecto de aque-

⁶*Religion and the Decline of Capitalism* (New York: Charles Scribner's Sons, 1952).

⁷Traducción de Talcott Parsons (New York: Charles Scribner's Sons, 1958).

llas de la economía. Uno podría decir lo mismo de Ludwig von Mises, F.A. von Hayek y otros.

Por eso es que el Profesor Lekachman, en sus críticas al capitalismo, pudo evocar argumentos cuyo linaje data de cien años. La televisión no existía hace cien años, pero lo que él decía sobre la decadencia moral de la televisión era lo que socialistas anteriores decían respecto a la prensa burguesa. Su argumento en contra del capitalismo era preeminentemente cultural, moral, estético. Por esto es que pudo terminar diciendo que los programas económicos socialistas originales y las técnicas políticas ya no representaban la esencia del socialismo. El decía que no era socialista por la teoría económica socialista o por la teoría política socialista. "¿Por qué soy socialista?" preguntaba. Y respondía: "Por razones morales".

Desde su punto de vista, hay cuatro principios morales que hacen a una visión socialista moralmente superior. Parte de la superioridad moral que se atribuye con frecuencia al socialismo, nace del hecho que sus pensadores han puesto mucha más atención explícita a la dimensión moral. Paul Johnson afirmó tácitamente esto mismo el otro día cuando dijo que iba a hacer algo atrevido, de lo que no conocía precedentes: iba a defender la base moral del capitalismo.* La razón por la que se sentía tan solo es que el capitalismo fue inventado principalmente por y para personas prácticas que trabajaban en el orden económico, que deseaban dar por hecho la labor de los arzobispos, los poetas y los filósofos en el orden moral. Los primeros no intentaron dar una justificación moral completa a lo que estaban haciendo; esa era una tarea para otros. Ellos estaban interesados en producir "la riqueza de las naciones". Ellos estaban interesados en técnicas que dieran resultados en todo el mundo, en culturas diferentes cuyas visiones morales, evaluaciones y justificaciones serían diferentes.

Por una serie de razones, no tenemos una teología del capitalismo democrático. Con la ayuda de otras personas, he estado tratando de reunir textos sobre las actitudes de los principales teólogos hacia el capitalismo. Estas son casi universalmente negativas. Casi todos nuestros principales teólogos han sido socialistas. Reinhold Niebuhr abandonó en forma decisiva el socialismo a finales de los años 50, su ensayo en la edición de Leibrecht

*¿Existe una base moral para el capitalismo?, reproducido en este mismo número. N. del E.

Festschrift sobre Tillieh⁸ es una impactante justificación del capitalismo, pero para entonces su trabajo creativo había disminuido a raíz de su parálisis. Al igual que Niebuhr en sus primeros trabajos, Rauschenbusch, Tillich, Barth y Moltman han sido explícitamente socialistas.

Esta falta de una justificación teológica del capitalismo democrático significa, en la práctica, que muchos cristianos en el mundo del trabajo y en el mundo de las empresas están viviendo en mala fe. Escuchan todo el tiempo que el sistema es, a lo menos, vagamente inmoral, tal como sugirió el profesor Adams en sus comentarios. De acuerdo con su propia experiencia y modo de entender, estas personas están prestando un servicio útil, pero la conciencia pública los condena. El mal resultante, la sugerencia entre los teólogos de que el sistema está podrido, impide el desarrollo de una teología del trabajo adecuada. Es muy difícil para un teólogo asumir una empresa que él piensa que es vagamente, o radicalmente, indigna.

Aun el simbolismo del lenguaje que utilizamos indica al poder de las empresas como la fuente del mal sistemático de nuestra sociedad: alienación, corrupción, beneficios, codicia y así sucesivamente. Tillieh fue contundentemente explícito, llamando al capitalismo y a las empresas "fuerzas demoníacas". Esta condena no es poco frecuente entre los teólogos. A pesar de eso, ellos son, curiosamente, reacios a ofrecer análisis detallados de los procesos económicos y de las instituciones económicas en diferentes sistemas históricos. El prejuicio en contra del capitalismo, entonces, es muy fuerte. Igual, por supuesto, es el prejuicio en contra del socialismo. Permítanme mencionarles mi propia sorpresa ante el nivel de progreso material logrado en la Checoslovaquia socialista, un ejemplo dado por el profesor Wogaman. En 1974, visité a mi familia en la Eslovaquia oriental y quedé sorprendido al ver lo que habían avanzado en tres generaciones. Mi tío abuelo es alcalde de un pequeño pueblo. Estuvo un año estudiando en Moscú. Uno de los jóvenes de la familia va a la universidad más cercana. Su nivel de vida no se compara en ningún caso con el nuestro, pero, por otro lado, no se han quedado estancados desde que mis abuelos emigraron hace noventa años. Han hecho progresos.

⁸Reinhold Niebuhr, "Biblical Faith and Socialism: A Critical Appraisal", en Walter Leibrecht, ed., *Religion and Culture: Essays in Honor of Paul Tillieh* (New York: Harper & Row, 1959), pp. 44-57.

Ya es tiempo, creo, de que se empiece a juzgar empíricamente el caso del socialismo contra el capitalismo. Durante un siglo, el socialismo fue una idea que existía solamente en los libros. Actualmente se ha puesto en práctica durante por lo menos 30 años en una mayoría de los países del mundo. Actualmente, uno lo puede examinar empíricamente. ¿Produce, de hecho, el socialismo la igualdad? ¿Cierra la brecha entre los muy ricos y los muy pobres? La evidencia empírica que yo he visto sugiere que no, que hay menos distancia entre el 10 por ciento más alto y el 10 por ciento más bajo en los Estados Unidos que en la Unión Soviética y otros países socialistas. En estos últimos, los privilegios inherentes a ser un miembro del partido están lejos del alcance de la mayoría de personas; privilegios tales como la admisión a la educación superior y el acceso a los empleos. De esta manera, las brechas económicas y sociales adquieren una permanencia y una rigidez que no se experimenta en los países capitalistas.

El principio general que está en juego aquí es que deberíamos comparar empíricamente los dos sistemas. Especialmente, deberíamos hacerlo no sólo en aquellos aspectos en los que todos reconocen que nuestro sistema es superior, tales como la eficiencia y la libertad, sino además en aquellos aspectos en los cuales el otro sistema parece ser superior, tales como la igualdad. Me gustaría ver muchos estudios empíricos de ese tipo. ¿Cómo es la igualdad en tierras socialistas, incluso en países democráticos socialistas como Suecia o Alemania Federal, sin mencionar tierras más completamente marxistas? ¿Cómo se ve el retrato empírico? Inevitablemente, el socialismo está siendo sacado del país de los mitos y llevado al territorio de la discusión empírica. Este es un cambio fundamental en la vida intelectual.

Quinto paradigma: el rol del estado

El quinto cambio de paradigma que deseo tratar es el alejamiento de la idea dominante de política pública sobre gobierno norteamericano desde el New Deal. Sea lo que haya sido lo que antecedió al New Deal, no es eso a lo que quieren volver los que sienten este cambio. El giro en cuestión representa una nueva visión del futuro, no un anhelo por el pasado. El New Deal se volvió hacia el estado como una fuerza moral para el bien. En *Liberalism and Social Action*,⁹ John Dewey señalaba que esta

⁹New York: Capricorn Books, 1963.

vuelta hacia el estado representaba algo nuevo en la historia del liberalismo. Antes, el liberalismo había representado siempre la resistencia al estado. ¿De qué se libera un liberal? Del estado. El liberalismo fue durante siglos un intento por aumentar el poder de las personas en contra del poder del estado. Franklin D. Roosevelt vio en la década del 30 que había llegado una nueva etapa para el liberalismo. El problema económico era tan severo que el liberalismo tuvo que aliarse con el estado central; y no sólo con los estados individuales como Nueva York o Alabama, sino que con el Gobierno Federal de los Estados Unidos.

El estatismo resultante es un tanto diferente del socialismo; hay muchos liberales norteamericanos que son estatistas pero no socialistas; yo soy uno de ellos. Un estatista, en este sentido, es alguien que cree en los gobiernos grandes en muchas áreas de la vida: principalmente en el campo de la defensa, pero también en la esfera doméstica.

Sin embargo, el estatismo tiene deficiencias que han llevado en los últimos años a un fracaso en el New Deal. Yo advertí una cierta molestia en la sala con lo que Phil Wogaman estaba llamando lo "profético". Sin duda, eso sonaba bastante aburrido. Sonaba como una forma de política liberal difícil de creer en la actualidad. ¿Porqué es difícil creer en ella? Hay una especie de irresponsabilidad en torno a la "profecía" que siempre termina aumentando el poder del estado. El control estatal es caro, es ineficiente, e introduce innumerables tiranías en la vida diaria; las colas para la gasolina, por ejemplo. Cuando las empresas de combustibles ya no son responsables de traernos la gasolina, sino que ésta nos llega por cortesía de los procedimientos de asignación del Departamento de Energía, tendremos (como tenemos esta semana) colas para la gasolina. También está el servicio de correos. Si el correo se declarara en huelga, con seguridad nadie se daría cuenta durante por lo menos treinta días. Además están las insignificantes tiranías diarias de los cinturones de seguridad y los timbres eléctricos. A mí me gusta usar cinturón de seguridad; no me gusta la conciencia de Ralph Nader zumbando en mis oídos. Tom Hahn decía como la gente se sentía tiranizada por el sistema de transporte escolar integrado forzoso, que es una imposición gubernamental más seria en sus vidas.

En los negocios hay un resentimiento más fuerte hacia las reglas estatales y la burocracia excesiva. Los ejecutivos de alto rango les dirán que muchas de sus decisiones ya no son decisiones de negocios, sino decisiones legales. Ellos no pueden decidir con sus asesores de negocios lo que deberían hacer durante los próxi-

mos dos o tres años; primero deben conversar con sus abogados sobre lo que el gobierno los dejará hacer y los costos que les va a imponer. Con frecuencia, terminan tomando decisiones que son malas decisiones empresariales, pero las mejores que pueden hacer en esas circunstancias. Cuando el juicio legal reemplaza al juicio económico, la libertad económica ha sido reducida. La actividad empresarial no puede proceder sin reglas y reglamento. El gobierno obstaculiza o ayuda al clima para los negocios. Sus reglamentos tienen tanto costos como beneficios.

Ustedes y yo enfrentamos restricciones similares con respecto a nuestros ahorros. ¿Por qué ahorrar para la educación universitaria de nuestros hijos, cuando lo que uno deposita en el banco va a valer mucho menos en el momento que nuestros hijos estén en situación de usarlo? Además, pareciera que mientras menos dinero uno ahorre, más beneficios va a obtener del gobierno. Si uno guarda el dinero, el estado no lo ayudará en absoluto; pero si uno lo gasta y demuestra que está quebrado, le darán becas a sus hijos. Esta, también, es una forma de tiranía.

Las organizaciones estatales engendran sus propias formas de corrupción. En el libro *Socialism*,¹⁰ de Michael Harrington, la palabra "público" implica moral, bueno, abnegado, mientras que "privado" implica egoísta y corrupto. Phil Wogaman habló del "mercado sesgado". Pero ¿qué hay en cuanto a las decisiones gubernamentales "sesgadas"? El Departamento de Energía reconoció esta mañana haber dado menos gasolina al área de Washington. ¿No es este un sesgo? Existe, como se dice en un reciente artículo de la revista *The Public Interest*¹¹ una asimetría en nuestra tradición intelectual entre su capacidad para criticar al sector privado y su capacidad para criticar al sector público. Esta es la asimetría a la cual se dirige el nuevo paradigma.

Más aún, estamos presenciando no sólo el fracaso del New Deal, sino el fracaso del individualismo. Los libertarios y los individualistas están bajo mucha presión en nuestra sociedad. Por todas partes hay grupos de encuentro, sesiones de sensibilidad, cultos de muchos tipos. Están floreciendo el narcisismo y el hedonismo, que no es en absoluto lo que los libertarios querían decir; y en general hay una pérdida de sentido para los individuos.

¹⁰New York: Saturday Review Press, 1972.

¹¹Charles Wolt, Jr., "A Theory of Nonmarket Failures", *The Public Interest* N.º 55, (primavera 1979) pp. 114-33. Creo que este es un artículo seminal.

¿Cuántas veces se han encontrado con una persona joven, talentosa, hermosa y capaz, tal vez de familia privilegiada y buena educación, pero tan desgraciada que es incapaz de ser creativa? Frente a estos casos encontramos de todo, menos algo de sentido común.

Ahora bien, la política del New Deal funcionó para dar significado a las vidas; lo mismo hizo la política del New Frontier. Muy a menudo, el significado proviene de una idea pública. Una idea pública con frecuencia hace que el individuo se sienta importante; los esfuerzos de él o de ella tienen sentido más allá de sus satisfacciones inmediatas, y esto por sí mismo produce una satisfacción más profunda y duradera. Dar a las personas un ideal que las deleite es una tarea propia del sector cultural, pero ese sector se ha quebrado.

Por lo tanto, no podemos volver al sólo individualismo, porque nuestra labor es pública y social. Y tampoco podemos tener tanta confianza en el estatismo como hemos tenido hasta ahora. Es aquí donde el principio socialista escondido detrás del estatismo cobra una enorme importancia. Lo que sorprende de los socialistas contemporáneos, Robert Lekachman, Stuart Hampshire, Anthony Crosland, es que se hayan vuelto escépticos del significado político, programático y económico del socialismo. Aún así siguen siendo socialistas porque el socialismo tiene una visión moral; promete más igualdad, una aspiración pública más alta, un rechazo al simple individualismo, etc. Una visión de este tipo es una parte importante de nuestra herencia cultural, pero representa un giro, un nuevo tipo de socialismo. Michael Harrington afirma que las personas que piensan que el socialismo significa un estado más grande están equivocadas.¹² Si es así, un montón de personas han estado equivocadas durante mucho tiempo. Harrington dice que lo que significa el socialismo son sociedades democráticas comunitarias más vitales en una escala menor. El suena cada vez más parecido a G.K. Chesterton y Eric Gill, los teóricos de la teoría de la distribución, que a Marx. No está sólo entre los socialistas al defender una nueva visión no estatista del socialismo.

Del mismo modo, el principio del capitalismo ha cambiado. En primer lugar, el "capitalismo" es un ejemplo de etiqueta negativa. Fue Marx el que le dio ese nombre, no Adam Smith; es un nombre engañoso, un nombre destinado a producir engaño. El "capitalismo" apunta a los dueños y el dinero. Pero ningún siste-

¹²*Twilight of Capitalism* (New York: Simón & Schuster, 1977), pp. 50-53.

ma capitalista democrático tiene sólo dueños y dinero. Hay cosas que no se adquieren con dinero, como un buen trabajo manual y la virtud republicana. Creo que nuestro sistema necesita otro nombre y a mí me gustaría sugerir una descripción poco elegante: "incentivismo". Los incentivos del sistema trabajan en favor del inversionista; también operan en favor del trabajador. Desde todas las áreas rurales de Europa en el siglo XVIII Y XIX, lo incentivos de mejor alimentación, mejor vestuario, mejor vivienda y mejor oportunidad llevaron a los inmigrantes hacia los centros industriales.

Pero el "capital" tiene, además, otro sentido. Capital viene de *caput* (en latín, cabeza) y, precisamente, el capitalismo democrático depende de la inteligencia, la invención, la imaginación. Mejor que tener dinero es tener una idea productiva. La forma primaria del capitalismo es la inventiva. El capitalismo democrático fomenta esta cualidad inapreciable con todos los incentivos posibles. Su atracción moral está en la libertad que otorga a la imaginación, el poder que un sistema de mercado da a los individuos sobre sus propias prioridades económicas, y el poder que sus instituciones democráticas distribuyen a los individuos para escoger sus propias creencias, símbolos y acciones.

Sexto paradigma: las actitudes religiosas

El sexto paradigma que está cambiando se relaciona con la iglesia. Uno de los grandes descubrimientos de esta reunión, y creo que es tiempo de que empecemos a enfrentarlo, es la irreducibilidad de las percepciones de los protestantes, judíos y católicos liberales. Existen diferencias fundamentales en los marcos de referencia de estas tres tradiciones, que se hacen cada vez más evidentes mientras hablamos de religión.

La visión protestante liberal de la religión y la política pública, tiende a estimular la moderación y la tolerancia, y a ser lo más minimalista posible en relación a la diferenciación. A los protestantes liberales parece gustarles encontrar puntos comunes. Tienen tendencia a creer que es poco probable que se progrese en puntos sobre los cuales hay serias diferencias de opinión. El progreso depende de la cooperación, de la ampliación del denominador. Esta actitud no es necesariamente compartida por aquellos de otras religiones. Los protestantes presentes que no son liberales han manifestado el mismo tipo de molestia que han sentido los católicos y los judíos en algunas de nuestras discusiones. Esta materia es sutil y difícil de aclarar. Se hace sentir,

primero, cuando el protestante liberal apela a la sensatez y a una especie de universalidad, justamente cuando otro dan mayor valor a la particularidad, a la porfía. Algunas veces uno no desea ser razonable; uno desea sostener opiniones, discutir acerca de las diferencias y asumir las consecuencias.

De igual manera, donde la tradición protestante liberal está impulsando la tolerancia y el reconocimiento de la comunidad, otras tradiciones pueden, a veces, deleitarse buscando los límites de la diferencia. Es como tener un diente roto, cuyos bordes la lengua no puede resistirse a examinar. Distintas personas, durante las reuniones de esta semana, han manifestado su disconformidad con los esfuerzos para encontrar un terreno común, un común denominador. Prefieren exponer claramente las diferencias e intentan trabajar alrededor de ellas. Gustan de los puntos de quiebre, no de aquellos más pulidos.

En tercer lugar, muchos que no son protestantes liberales enfatizan círculos de lealtad, claramente definidos, que sostienen intensivamente. En lugar de ser minimalistas, sienten una fuerte urgencia por encontrar y afirmar aquellas cosas a las cuales quieren ser leales, aun cuando esto signifique romper un poco el diálogo.

Cuando hablamos del papel de la conciencia en nuestra sociedad, y la crisis espiritual en nuestra sociedad, es importante tener presente estas diversas orientaciones religiosas. Representan diferentes enfoques no sólo de la religión, sino también de la política pública, y cada una tiene sus propias debilidades.

Séptimo paradigma: las estructuras intermedias

Finalmente, al tratar las instituciones intermedias, hemos estado girando hacia un paradigma que no es ni individualista ni estatista; sin embargo, es uno en el cual esperamos encontrar una cierta eficacia y solidez. Las instituciones intermedias han sido tan descuidadas por los intelectuales, que las enfocamos con gran ignorancia. No conocemos el terreno, no hemos dominado el detalle. Cuando el señor Madden nos contó algo sobre la forma en que funcionaba su empresa, por ejemplo, como antes de su conferencia había consultado su trabajo con sus compañeros ejecutivos, y ellos lo enfocaron como un trabajo conjunto, esa fue una ilustración esclarecedora. Yo no habría esperado exactamente eso; pensaba que las empresas eran más autocráticas. Se me ocurrió que debe haber diferentes tipos de empresas: probablemente Potlach no es administrada de la misma forma que se administra la Gene-

ral Motors, y General Motors probablemente no es administrada igual que Hewlett-Packard, y así sucesivamente.

Una vez que entramos en este terreno, tendremos que desarrollar una teología de las empresas. Una idea que sugiere por sí misma es la frase latina *corpus Christi*, "cuerpo de Cristo". El cuerpo humano ha sido la metáfora tradicional para la comunidad cristiana y, como lo dijo el Concilio Vaticano Segundo, este cuerpo incluye a todo el mundo (de modo que, según el chiste, incluso el Diablo es un "hermano desunido"), pero la empresa puede ser una metáfora aún más iluminadora. Una empresa contiene múltiples modelos de comunidad humana; no es un individuo, pero tampoco es sólo una comunidad. No opera de la manera en que opera una sesión de sensibilidad. Incluye sindicatos y otros subgrupos igual que la comunidad cristiana. En cualquier caso, los teólogos tienen mucho que aprender de la historia, estructura legal, tipos, funciones, límites y problemas de las empresas.

La otra institución intermedia a la que quiero referirme es la familia. Mucho se ha dicho en este seminario, como es el caso de los ejemplos que utilizó Brigitte Berger,* acerca de la guerra que se desarrolla a diario en nuestra sociedad en contra de las almas de los maridos, las mujeres y los niños. Estamos asediados por ideas, ideales y requerimientos que luego de una reflexión consideramos moralmente repulsivos. Mis padres no entienden exactamente por qué mi mujer y yo no permitimos que nuestros hijos vean ciertos programas de televisión que a ellos les parecen absolutamente inocentes. Yo no tengo nada en contra de "Mork y Mindy" o "Sonny y Cher", pero no me gustaría que mis hijos se casaran con uno de ellos. No quiero que ellos vivan así. No quiero que ellos piensen así. Y yo mismo no quiero ser inducido por la imagen que ellos tienen de lo que debería hacer un hombre liberado, enteramente adulto. La revista *Playboy* es un ejemplo interesante, como hizo notar alguien durante esta semana, de lo peor en el capitalismo: su hedonismo, unido a lo peor del socialismo, sus caprichosas ideas de izquierda. Esta combinación está en el centro de la guerra que se está librando en contra de nuestras almas, que me parece corroe los procesos internos de la familia, las actitudes de los niños hacia los padres, y de los esposos entre sí.

Tom Kahn sugirió que en la actualidad muchos matrimonios está separándose por presiones económicas. Pero en muchos otros

*"La familia como una estructura intermedia", reproducido en este mismo número. N. del E.

matrimonios tambaleantes la situación económica de la familia es sólida, sus miembros han disfrutado de todos los privilegios de la educación, la cultura y el potencial político. La de ellos no es una alienación política o económica. Es una destrucción desde dentro por valores falsos e ideas irreales de cómo uno debería vivir, que son infiltradas en las mentes de los niños y de los esposos por el potente sector cultural.

En resumen, he estado tratando de sugerir la forma como nosotros en este seminario hemos estado cambiando paradigmas. No me ha sido posible resumir todo, o juntar todos los hilos posibles. Pero ya he ocupado demasiado tiempo tratando simplemente de analizar las materias que hemos estado tocando. No hemos estado ocupados tanto en resolver argumentos, como en intentar mirar un número de fenómenos desde una nueva perspectiva. Estamos lejos de terminar las tareas que hemos asumido.